

Dan Smith

Los graves riesgos de inseguridad que atesoran las tres grandes potencias

La Vanguardia/Dossier, 8 de septiembre de 2022.

La política de defensa y seguridad nacional prepara y despliega fuerzas armadas. En sí misma, es una función legítima y esencial de un Estado, pero solo constituye una respuesta al primero de los tres grandes retos. Para nueve estados (EE.UU., Rusia, Reino Unido, Francia, China, Israel, India, Pakistán y Corea del Norte), el vértice de sus fuerzas son las armas nucleares. Aunque se justifiquen en nombre de la seguridad, las armas nucleares generan, en mayor medida aun que las fuerzas convencionales, inseguridad y riesgo. ¿Es posible que las tres grandes potencias abandonen la dependencia de las armas nucleares y aborden los verdaderos problemas de inseguridad a los que nos enfrentamos?

Durante la última década, el mundo ha acumulado más armas y ha experimentado más guerras. Se ha perdido el dividendo de paz del final de la guerra fría en 1990. Ello no es consecuencia de la invasión rusa y la guerra de Ucrania. Se trata de la culminación de una tendencia de una década.

Viéndolo con retrospectiva, la zona global de paz se expandió en los veinte años posteriores a 1990. A pesar de acontecimientos horribles como el genocidio de Ruanda en 1994, la guerra de Bosnia-Herzegovina en 1992-1995, el genocidio de Darfur a partir del 2003 y la invasión de Irak, el número de conflictos armados disminuyó de 50 en 1990 a 30 en el 2010. Y, en promedio, fueron más cortos y menos letales que en años anteriores. Se firmaron más acuerdos de paz que nunca, y también aumentó la proporción de los que duraron más de cinco años. Además, el gasto militar mundial se redujo de unos 1,5 billones de dólares en 1990 a poco más de un billón en 1998. Y el número de ojivas nucleares se redujo desde un máximo que superaba las 70.000 en todo el mundo a mediados de la década de 1980 hasta poco más de 30.000 en el año 2000. Las reducciones han continuado y el total mundial es hoy de menos de 13.000 ojivas.

Sin embargo, el dividendo de la paz no duró. El gasto militar mundial empezó a aumentar antes de la llegada del nuevo milenio y, tras un enlentecimiento justo después de la crisis económica del 2009-2010, creció de manera constante y rozó los dos billones de dólares en el 2020. Hay indicios de que volvió a aumentar durante el 2021 y de que lo hará de nuevo este año.

El número de guerras ha aumentado de forma constante cada año, y en el 2020 hubo 56. Las muertes por guerra se duplicaron en la segunda década de este siglo en comparación con la primera, principalmente por la guerra en Siria. También se duplicó el número de refugiados y otros desplazados forzosos; a finales del 2020, ascendían a 82,4 millones (más de un 1% de la población mundial), y es casi seguro que su número ha vuelto a aumentar tras los acontecimientos de Afganistán en el 2021 y de Ucrania en el 2022.

En resumen, el problema de la fuerza y la violencia está empeorando, y la respuesta consistente en aumentar la fuerza militar no lo resuelve; al contrario, lo exagera, porque, cuando una parte aumenta su fuerza armada, la otra parte ve en ello una amenaza y responde del mismo modo.

El riesgo nuclear

Aunque el número de ojivas nucleares se ha reducido mucho respecto a treinta años atrás, todos los estados que poseen armas nucleares están actualizando sus arsenales. El número de ojivas nucleares operativas aumentó en el 2020 por primera vez en décadas.

Si existen armas nucleares, existe el riesgo de que se utilicen, como han subrayado más de una vez el presidente Putin y otros portavoces rusos en relación con la guerra de Ucrania. Existen, además, los riesgos de un accidente. Solo se dispone de información muy incompleta, pero sabemos de seis armas nucleares estadounidenses y dos soviéticas que se han perdido de forma permanente.

Los incidentes con el software pueden ser más preocupantes que la pérdida de ojivas y bombas. El incidente de software más peligroso conocido ocurrió en septiembre de 1983. Un teniente coronel soviético, Stanislav Petrov, vio en la pantalla de su ordenador información según la cual se había lanzado un misil balístico intercontinental estadounidense Minuteman en dirección a Moscú. Considerando que, de lanzarse un ataque nuclear, se produciría un ataque masivo, no con un solo misil, informó del incidente como un fallo del sistema. Cuando el ordenador identificó otros cuatro lanzamientos, se mantuvo en su opinión de que eran muy pocos misiles y se trataba de un fallo del sistema. Por lo tanto, la información no se transmitió a una autoridad superior que podría haber considerado la toma de represalias ante un ataque inexistente. Dado que septiembre de 1983 fue un período de gran tensión en las relaciones entre EE.UU. y la URSS, la decisión de contraatacar habría sido bastante probable y con consecuencias catastróficas.

Si quisiéramos imaginar una pesadilla, preguntémonos qué ocurriría hoy, en medio de la crisis de Ucrania o poco después, y con sistemas técnicos que reducen el tiempo disponible para la toma de decisiones, si se produjera un fallo similar.

El medio ambiente y la pandemia

Mientras tanto, los fundamentos de la vida y la sociedad se ven erosionados por una serie de crisis medioambientales interrelacionadas. En los últimos cuarenta años, cada década ha sido más calurosa que la anterior. Las condiciones meteorológicas extremas, más frecuentes debido al cambio climático, están teniendo consecuencias devastadoras tanto en los países industrializados como en los países en desarrollo. Los incrementos del nivel del mar son más frecuentes y graves. Las zonas en las que la sequía siempre ha sido un problema importante experimentan ahora períodos secos aun más largos, mientras que en muchas zonas las precipitaciones son cada vez más imprevisibles. Millones de personas se enfrentan a un mayor riesgo de incendios forestales, inundaciones e inseguridad alimentaria.

Al margen de tormentas e incendios, el cambio climático representa un peligro comprobado para la salud. El calor extremo debilita a las personas y las mata. El cambio climático es responsable del aumento de la incidencia de enfermedades respiratorias y cardíacas, el aumento del riesgo de nacimientos prematuros y de defectos de nacimiento, así como del aumento de la capacidad infecciosa de las enfermedades transmitidas por animales como mosquitos, garrapatas y parásitos. También afecta al agua y al saneamiento, lo cual acarrea malnutrición e inseguridad alimentaria, y se encuentra entre las principales causas de las crisis alimentarias graves, superada únicamente por los conflictos violentos.

Otros aspectos de la crisis medioambiental general son también perjudiciales para nuestra salud. Algunos expertos consideran que la contaminación atmosférica constituye el mayor riesgo medioambiental mundial para la salud. Entre un 90% y un 95% de la población mundial respira aire ambiental contaminado más allá del nivel juzgado aceptable por la Organización Mundial de la Salud. El número de fallecidos debido a la contaminación del aire ambiental va en aumento; en el 2019 ascendió a 4,5 millones de personas. Y la relación con el cambio climático es clara porque este crea condiciones en las que la contaminación se dispersa lentamente. El ataque a la naturaleza resultante del modelo económico de industrialización basado en la extracción de recursos nos envenena con microplásticos y contaminación del aire y del suelo. El mundo está perdiendo biodiversidad y biomasa a una velocidad sin precedentes, lo que genera peligros para la salud por muchas vías, incluso amenazando el suministro de medicamentos. Se calcula que 4.000 millones de personas dependen principalmente de medicamentos naturales para su atención sanitaria, y que cerca de un 70% de los fármacos utilizados para tratar el cáncer son productos naturales o, en caso de ser sintéticos, se identificaron gracias a los efectos de los productos naturales e inspirados por ellos.

En los últimos dos años, hemos vivido la pandemia de la covid. Su origen es aún incierto, pero existe un riesgo claro de que semejantes pandemias surjan por el aumento del contacto entre los seres humanos y ciertos tipos de vida animal como consecuencia del modo en que la actividad humana invade la naturaleza. Sigue siendo difícil definir con seguridad la magnitud de los efectos de la pandemia. La cifra oficial de muertos asciende a 5,94 millones de personas hasta finales del 2021. En general, esos datos se consideran poco fiables por varias razones; entre ellas, las deficiencias metodológicas y, en muchos sistemas nacionales, de notificación. La Organización Mundial de la Salud estima que el número de muertos por covid supera en un 60% el de las muertes notificadas. Según otras estimaciones realizadas a partir de fuentes fiables, el número de víctimas sería tres veces superior al de muertes notificadas y oscilaría entre 17 y 20 millones de personas.

El vínculo con la inseguridad

La crisis medioambiental y la pandemia de la covid han matado en este siglo a muchas veces más personas que la guerra y están vinculadas a las cuestiones de la paz y la seguridad de muchas otras maneras.

El cambio climático crea inestabilidad en las relaciones sociales por su repercusión en los medios de vida y la seguridad alimentaria. La sequía suele obligar a la gente a vender sus propiedades, abandonarlas y desplazarse hasta los márgenes de las ciudades, donde la desafección de los jóvenes es profunda y generalizada. Las inundaciones dan la oportunidad a las milicias armadas de ofrecer a la población ayuda antes de que puedan intervenir el gobierno nacional o las organizaciones internacionales. En ambos casos, se amplían las posibilidades de reclutamiento de las milicias. El impacto social y político de la pandemia también plantea problemas de seguridad, tanto por el aumento de las desigualdades económicas como por el debilitamiento de la democracia, factores ambos relacionados con un mayor riesgo de conflicto violento según han establecido de modo bien fundado las investigaciones.

En el plano mundial, la crisis medioambiental y el riesgo de pandemias traspasan las fronteras nacionales, como también lo hacen sus efectos y repercusiones. En la medida en que el aumento de los precios de los alimentos contribuyó a desencadenar el

levantamiento en Egipto contra el régimen de Hosni Mubarak en el 2011, cabe recordar que esas subidas de los precios fueron provocadas por el mal tiempo y los incendios forestales en Ucrania, Rusia, China, Australia y EE.UU., pero no en Egipto. Y con la pandemia hemos visto que es casi imposible proteger las fronteras nacionales contra un virus.

En ausencia de la cooperación internacional, no es posible que se resuelvan las crisis medioambientales ni que se reduzca el riesgo de pandemias. Y lo mismo es cierto en lo que respecta al problema de la fuerza y la violencia. Así como la única solución contra las redes internacionales dedicadas al contrabando de armas, estupefacientes y otros tipos de tráfico o a los movimientos de dinero radica en los acuerdos mutuos, lo mismo ocurre en el caso de la fuerza y la violencia, y esa es la única forma de que muchos estados decidan reducir sus armamentos.

El abandono de la dependencia nuclear

Reducir la escala y la urgencia de los tres grandes retos a la seguridad es una empresa enorme. Requiere una nueva concepción de la seguridad, el poder y la economía, así como un enfoque diferente ante la naturaleza. Significa reconocer que los intereses nacionales y estatales, entendidos en términos de poder, constituyen una base demasiado superficial y estrecha sobre la que edificar la política internacional en un mundo puesto en jaque por una crisis medioambiental de enorme magnitud. La sostenibilidad y la cooperación deben pasar a primer plano.

Hay muchos incentivos para hacerlo, y solo lo impiden las percepciones miopes y, en última instancia, autodestructivas del interés nacional. Sin embargo, el problema es que la geopolítica mundial está socavando las bases de la cooperación. La sumisión de las grandes potencias a la idea de que las armas nucleares son indispensables para la seguridad y el estatus es una parte clave del problema. No obstante, los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU (China, Francia, Rusia, Reino Unido y EE.UU., o el P-5) elaboraron el 3 de enero del 2022 una declaración conjunta reconociendo que una guerra nuclear no se puede ganar y no debe librarse nunca.

Se trata de un eco deliberado de la declaración del presidente Ronald Reagan y el secretario general soviético Mijaíl Gorbachov en su cumbre de Ginebra de 1985. A esa declaración siguieron unas conversaciones históricas sobre desarme nuclear. Es poco probable que la nueva declaración tenga las mismas consecuencias, pero ofrece una lógica clara para rebajar la tensión y reducir la dependencia nuclear.

Existe, por ejemplo, una clara contradicción entre abjurar de la guerra nuclear y reservarse el derecho de utilizar primero las armas nucleares en un conflicto. Por ahora, solo uno de los países del P-5, China, tiene una política de “no primer uso”. La inutilidad y el peligro de la carrera armamentística también es patente, como reconoce la declaración del P-5 cuando habla de evitar “una carrera armamentística que no beneficiará a nadie y pondrá en peligro a todos”. Y, de modo más amplio en las relaciones mutuas, el compromiso de evitar la guerra nuclear significa evitar un comportamiento que pueda conducir a ella.

A todas luces, se trata de una lección que aún no se ha aprendido en todas las instancias pertinentes.

La declaración conjunta concluye diciendo que el P-5 está “decidido a mantener un diálogo constructivo”. Será un pequeño primer paso para que las grandes potencias

encuentren una salida a la dependencia de las armas nucleares. En el contexto del 2022, será un gran salto adelante.

Dan Smith es director del Instituto Internacional para la Investigación de la Paz (SIPRI) de Estocolmo.